

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

El autor como acontecimiento textual. Notas sobre la escritura y subjetividad en la hantologie derridiana.

Lagorio, Leonardo.

Cita:

Lagorio, Leonardo (2020). *El autor como acontecimiento textual. Notas sobre la escritura y subjetividad en la hantologie derridiana*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/156>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/6tq>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL AUTOR COMO ACONTECIMIENTO TEXTUAL. NOTAS SOBRE LA ESCRITURA Y SUBJETIVIDAD EN LA HANTOLOGIE DERRIDIANA

Lagorio, Leonardo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Con el despliegue del estructuralismo en el campo de las humanidades, el predominio de la figura del sujeto ha quedado debilitado. Para esta propuesta de análisis, el significado de los fenómenos gravita en la tensión de las diversas prácticas y normatividades que se suceden e interrelacionan en las placas estructurales y estructurantes de una cultura determinada. A partir de 1960, diversos pensadores franceses han presentado un vínculo crítico con el estructuralismo. Entre estos autores, podemos encontrar a Jacques Derrida. Por el modo de su temprana recepción en la academia norteamericana, este autor franco-argelino fue rubricado como un filósofo lingüístico. Por esto, y otros juicios apresurados, Derrida ha sido integrado a la lista de nombres propios que han declarado la muerte del sujeto. Recuperando el movimiento de la deconstrucción y el análisis de la hantologie derridiana, nos proponemos realizar un abordaje de la figura del autor a partir del estatuto de escritura, nombre propio y firma, con la intención de poder dar cuenta de aquella espectralidad que se ofrece como relevo de la subjetividad moderna.

Palabras clave

Deconstrucción - Nombre - Firma - Espectro

ABSTRACT

THE AUTHOR AS A TEXTUAL EVENT. COMMENTS ON WRITING AND SUBJECTIVITY IN DERRIDA'S HANTOLOGIE

With the deployment of structuralism in the field of human studies, the subject's predominance has weakened. For structuralism's proposal, the meaning behind the phenomena gravitates to the tension between the practices and regulations that follow and interrelate in the structural plates and structure the neuralgic points of a determined culture. Since 1960, many and various French philosophers have presented a reflexive link towards structuralism. Among these authors, we can find Jacques Derrida. Due to his early reception in the North American academy, this author got cataloged as a linguistic philosopher. As a result, and thanks to other hasty judgments, Derrida was included on the list of names that declared the subject's death. Recovering the movement of deconstruction and Derrida's hantologie, we propose to approach the figure of the author from the

meaning of writing, proper name, and signature; to account for that spectrality that is offered as a relay of modern subjectivity.

Keywords

Deconstruction - Name - Signature - Spectre

"Again, could anything be more miraculous than an actual, authentic ghost? The English Johnson longed, all his life, to see one; but could not though he went to Cock Lane, and thence to the churchvaults and tapped on coffins. Follish Doctor! [...] did he never so much as look into Himself? The good Doctor was a Ghost, as actual and authentic as heart could wish; well night a million Ghosts were traveling the streets by his side"

T. Carlalyle

La escritura a contratiempo

Desde sus tempranas obras, Jacques Derrida ha presentado su filosofía como un *contratiempo*. Aún más, podríamos sugerir que la popular *deconstrucción*, ha sido desde siempre, el *contratiempo* que asedia el sueño de la *metafísica de la presencia*. Conforme a lo dicho, y antes de dirigirnos a la figura del autor, intentaremos recobrar brevemente la re-lectura que hiciera Derrida a la metafísica desde su abordaje al estatuto de escritura. Para nuestro autor, la metafísica o logo-centrismo, es una modalidad del pensamiento occidental, que se ha desplegado a partir de la erección de un centro-lógos que opera como fundamento trascendental. Este centro se desempeña como organizador de la realidad, garante de la verdad y referente último de los significantes. Asimismo, es importante señalar que este logo-centrismo, ha favorecido la narrativa de una filosofía obstinada en llevarlo todo a la plena y estable *presencia*. Por lo cual, bien podríamos referirnos a una filosofía que tiene por finalidad un *puro ver*.

Por otra parte, vale destacar que este logo-centrismo, es ya un *fono-logo-centrismo*. Es decir, para Derrida, la tradición ha identificado a la voz (foné) como el intersticio en donde el *ser*, la *presencia* y la *conciencia* se funden. A propósito de esto último, es importante destacar que, por un lado, la voz opera como la ley dictada por el padre. Por otro lado, la voz, el *oírse-hablar*, es la (auto)afirmación misma de la conciencia soberana. Derrida (2014) asegura que:

Cuando hablo, no solamente tengo conciencia de estar presente en lo que pienso, sino también de poseer en lo más íntimo de mi pensamiento o del 'concepto' un significante que no cae del cielo, que oigo en el mismo momento en que estoy pronunciándolo, que parece depender de mi pura y libre espontaneidad, y no requerir el uso de ningún instrumento, de ningún accesorio, de ninguna fuerza arraigada en el mundo (pp. 41-42).

Sobre esto último, conviene subrayar de qué modo el fono-logo-centrismo ha oficiado como estructura propicia para la conformación de una cierta idealidad a-temporal.

Continuando con esta caracterización general al diagnóstico derridiano, no podemos dejar resaltar la importancia de la lógica binaria. Para Derrida, las parejas dicotómicas, los esquemas binarios, son arbitrados por el ejercicio del *centro* que sustenta la preeminencia de una polaridad en detrimento de otra. Presencia/ausencia, idealidad/materialidad, alma/cuerpo Masculino/femenino, son solo ejemplos de los binarismos más tradicionales por los que el logo-fono-centrismo se ha estructurado y a jerarquizado los fenómenos del mundo.

Ahora bien, Derrida no considera que las oposiciones binarias en las cuales se despliega y se retro-alimenta el fono-logo-centrismo sean tan *claras* como se presumen. Más bien, el autor franco-argelino, sostiene que el relato tradicional se encuentra parasitado por términos *indecidibles* que paralizan la estructura oposicional, y *hacen temblar* al logo-fono-centrismo.

Sobre lo último, es interesante destacar como, desde las primeras publicaciones, Derrida parece mantener un gran interés en la tensión entre la voz y la escritura. Para la tradición fono-logo-centrista, la escritura (gramma) no ha sido más que un elemento material de segundo orden, destinado a *suplementar* o re-presentar la voz (phoné) ausente. Es decir, de este modo, la función de la escritura estaría circunscripta a la actividad comunicativa y representativa del pensamiento de un sujeto ausente. Pero, para nuestro autor, la escritura no es el *medio* seguro que la tradición ha presentado. Según Derrida, el fenómeno de la escritura se despliega como un *contratiempo* para el discurso del fono-logo-centrismo y como principio de ruina para la unidad de sentido.

Ahora bien, para dimensionar lo dicho hasta aquí, conviene demorarse en la aporía a la que nos conduce la reflexión en torno a una escritura pensada desde la lógica del suplemento. Para nuestro autor, la escritura desde la lógica suplementaria puede ser comprendida, por una parte, como una prolongación, una adición a la voz-origen. Pero, por otra parte, puede considerarse como una amenaza al origen. Derrida (1967a) afirma que "Mais le supplément supplée. Il ne s'ajoute que pour remplacer. Il intervient ou s'insinue à-la-place-de; s'il comble, c'est comme on comble vide" (p. 208). Es decir, la escritura como suplemento de la voz, es prolongación de la misma en el tiempo y el espacio; pero, la misma escritura es la encargada de *diseminar* el *querer-decir* y al hacerlo, disloca y desborda el contexto origen. Así, desconectada de lo *mismo*, la escritura se re-itera en lo otro

produciendo un rebasamiento del horizonte semántico. Derrida (1998a) asegura que:

Esta desviación esencial que considera a la escritura como estructura reiterativa, separada de toda responsabilidad absoluta, de la conciencia como autoridad de última instancia, huérfana y separada desde su nacimiento de la asistencia de su padre, es lo que Platón condenaba en su *Fedro*. (p. 357)

Ahora bien, antes de finalizar esta breve aproximación, no podemos dejar destacar que en toda escritura también el receptor se encuentra ausente. Esto quiere decir que la escritura debe operar en ausencia de un destinatario determinado.

Por lo dicho, podemos sostener que para Derrida, la ambigüedad de la escritura presenta supone un juego de ausencias y presencias, asedia las pretensiones de idealidad, presencia plena, comunicación y sentido pleno. Pero sobre todo, es oportuno destacar que el origen, si lo hay, ya siempre habrá comenzado en (por) lo otro. Es decir, en el origen, hay diferencia.

Entonces, considerada desde este juego de ausencias y presencias, la escritura nos demora en un inquietante tiempo. En este particular *intersticio*, la figura clásica del autor es *suspendida*. De algún modo Derrida (1967b) logra caracterizar esta particular circunstancia del escritor al considerar que:

Écrire, c'est se retirer. Non pas dans sa tente pour écrire, mais de son écriture même. S'échouer loin de son langage, l'émanciper ou le désamperer, le laisser cheminer seul et démuni. Laisser la parole. Être poète, c'est savoir laisser seul et démuni. Laisser parler toute seule, ce qu'elle ne peut faire que dans l'écrit [...]. Laisser l'écriture, c'est n'être l'élément diaphane de sa procession tout et rien. (p. 106)

Teniendo en cuenta esto último, es importante resaltar que el trabajo de Derrida no se encuentra cercano a considerar la muerte del sujeto. Más bien, nuestro filósofo propone pensar el lugar del *quién* desde una *hantologie* capaz de dar cuenta del su constitución *ambivalente*. Por tanto, en las próximas líneas intentaremos realizar un abordaje al estatuto de *nombre propio*, *firma* y *espectralidad*, con el objetivo de dar cuenta de la figura autor como acontecimiento textual.

Nombre

Comúnmente, el sentido del *nombre propio* suele ser presentado como una cifra capaz de señalar y representar a un individuo determinado. Aun más, el nombre no solo permite al singular presentarse ante otros, sino también, posibilita al individuo a (re)ponerse siempre frente a sí. Por estas condiciones, el nombre propio estaría operando como un nodo importante para la afirmación de la subjetividad tradicional. Pero, ocurre que -así como cualquier *huella*- el nombre propio disloca la presencia. Pensar al nombre propio como *huella*, es pensarlo desde la particular (an)economía que se despliega en la *archi-écriture*. Es decir, la escritura no en un sentido convencional (mimesis de

la phoné), sino como paradigma de la posibilidad del lenguaje en general.

Para Derrida, la *huella* no es un concepto. Más bien, con ese término intenta hacer referencia al juego permanente de *diferencias* entre significantes. Recuperando críticamente a Saussure, Derrida va a sostener que cada significante no está definido por una idealidad, sino que, se encuentra afectado por la huella de otros. Refiriéndose al movimiento particular de la huella, Derrida (1967a) asegura que “Et pourtant nous savons que ce concept détruit son nom et que, si tout commence para la trace, il n’y a surtout pas de trace originaire” (p. 90). De este modo, podemos decir que la huella nunca remite ni se explica a sí-misma, puesto que, ella siempre ya habrá comenzado por otra(s).

Como vemos, los movimientos de *protención* y *retención* de la huella suponen una ruptura con la tradición, puesto que el significante no está determinado por el significado. Esto le permite a Derrida (1967a) confirmar que “Le signifié y fonctionne toujours déjà comme un signifiant” (p. 16).

El nombre propio actúa como la *traza* o la marca del(os) otro(s) en el singular. En cierto modo, podemos sostener que la presencia ha comenzado por la marca de la diferencia. Con la relación nombre-huella intentamos señalar que, aquello que parece ser la cifra de *la identidad del sujeto*, es la marca de una lengua, de una tradición, de otros que le han dado el nombre, y como veremos, la muerte. Aún más, no podemos dejar de resaltar que es la esa *marca* que se presume original es un significante, una marca compartida por y con otros.

Ahora bien, es menester destacar que el nombre propio desvela lo que sería una estructura originaria del singular. Estructura que Derrida denomina como *survie* (supervivencia). Esta particular condición ha estado presente desde que hemos mencionado ese no-concepto llamado *huella*. *Survie*, *sobre-vivir* implica, por un lado *mantenerse vivo*, pero también, señala un continuar vivo a pesar de la muerte. Derrida (2008) asegura que: Aquel que recibe un nombre se siente mortal o moribundo precisamente porque el nombre querría salvarlo, llamarlo y asegurar su supervivencia. Ser llamado, nombrar, recibir un nombre por vez primera es quizá saberse mortal e incluso sentirse morir. Ya muerto por estar prometido a la muerte: moribundo. (p. 36)

Entonces, lejos de asegurar la presencia, el nombre propio indica la marca de la ausencia en la presencia. Sobre esto último, y en relación a la cita anterior, es importante destacar la interpretación de una vida no-plena, una vida dimensionada desde la (an)economía de la huella. Es decir, una vida que se despropia a partir de lo otro que la constituye. Por otra parte, cabe destacar que una vez *muerto* el portador, el nombre *sobrevive* impidiendo el olvido, la muerte plena.

Con esta estructura de la sobrevivencia, Derrida nos invita a pensar (en) el *entre* de los binarismos, en este caso el de vida/muerte o bien presencia/ausencia. En su última entrevista para *Le Monde*, Derrida (2007) aseguraba que:

La supervivencia es la vida más allá de la vida, la vida más que la vida, y el discurso que pronunció no es un discurso mortífero; al contrario, es la afirmación de un viviente que prefiere vivir, y por tanto el sobrevivir, a la muerte, pues la supervivencia no es solo lo que queda: es la vida más intensa posible. (p. 36)

Firma

La firma, de algún modo, opera con una compleja estructura de remisiones próxima al nombre propio. Pero, la misma se distingue en su efecto. Mientras el nombre propio despropia al sujeto, “El acto de firmar, que no se reduce a la simple inscripción del nombre propio, intenta, mediante un elemento más, recuperar la propiedad perdida ya, siempre, en el nombre” (Bennington, Derrida, 1994, p. 164).

Así pues, la firma, como huella que es, intenta mantener (o recuperar) la presencia del autor aun en su ausencia. En consideración con lo dicho, comprendemos que la firma querría devenir sello. Solo así, sería capaz de reunir y retener el sentido original de una obra. Es decir, el lugar de la firma cumpliría la función estratégica de sellar la voz del padre en el cuerpo del texto para evitar así, una posible tergiversación o diseminación del *querer-decir*. Desde esta interpretación corriente, la firma asegura la *verdad* y el *sentido* del texto al tiempo que intentaría clausurar *apertura* a esa siempre *lectura por venir*.

Pero ¿dónde ocurre la firma? ¿Cuál es la posibilidad de la realización de la *promesa* de la firma? Para comenzar, diremos que es muy frecuente considerar que una firma debe encontrarse al final, o bien al margen de una obra o un texto. De ser así, la firma ¿está dentro o fuera del texto? Derrida (2015) asegura que:

[...] la firma pertenece al interior de aquello (cuadro, relieve, discurso, etc.) que ella supuestamente firma. Está en el texto, ya no firma, opera como un efecto en el interior del objeto, desempeña el papel de una pieza en aquello de lo que, a su vez, pretende apropiarse o reconducir al origen. La filiación se pierde. (p. 10)

Como sugiere Derrida, al ser parte del texto, al encontrarse en el sistema de reenvíos de la textualidad, -tal como ocurre con el nombre propio- la firma se desprende del contexto de emisión, se libera del *aquí* y *ahora*. Ya escrita, la firma siempre habrá rebasado su contexto. Quizás, habría que decir que la firma nunca ha estado aquí, siempre habrá empezado allí.

Se sigue entonces, que lo propio de una firma es lo más impropio de la misma. Esto puede comprenderse si consideramos que la firma, como cualquier signo, es iterable. La posibilidad de la repetición y de la ruptura con el origen, hacen posible la firma. “Para funcionar, es decir, para ser legible, imitable; debe poder desprenderse de la intención presente y singular de su producción. Es su mismidad lo que alterando su identidad y su singularidad, divide el sello” (Derrida, 1998a, p. 371). De este modo, la posibilidad de la firma revela su imposibilidad más intrínseca. La firma es *iterable*, no mantiene la plena presencia. La firma nun-

ca ha sido una, nunca ha comenzado, siempre se ha re-iterado. Es interesante destacar que la firma, *cada firma*, no refiere, no signa, sino más bien, *crea* un quien firmante. Derrida (2009a) asegura que: “La firma inventa al signatario. Este solo puede autorizarse a firmar una vez llegado al final, por decirlo de algún modo, de su firma, y en una suerte de retroactividad fabulosa” (p. 19). Entonces, quién firma, ya es más de uno... o bien nunca fue uno. Por ello diremos que el autor no se encuentra en una soledad capaz de apropiarse por completo de lo escrito.

En suma, la imagen del autor se nos presenta como un acontecimiento textual difícil de asir. Ya atravesado por diversas herencias, condiciones apócalas, sociales, culturales, ideológicas, etc. el autor parece acercarse a la imagen del umbral. Para ser más claros, en la acción de escribir, el autor oficia de lugar, de acaecimiento, de *conjura*. En el instante que se da paso a la palabra, el autor produce y al mismo tiempo, es. Con lo último, queda claro que él autor no es un sujeto agente. Más bien, diremos que es parte del proceso de escritura. Pero, entonces, ¿quién o qué escribe? ¿quién o qué firma?

Espectralidad

Desde las primeras líneas hemos intentado sostener que la filosofía de la deconstrucción no se desenvuelve por las vías de una ontología clásica, ni se concretiza por un método, al menos en un sentido moderno. Para nosotros, la deconstrucción es un acontecimiento que ocurre en la lengua y por el cual se produce un desequilibrio o descentramiento de la plena presencia, las certezas o lo establecido y fijado como “normal”.

El descentramiento propio de la deconstrucción ha mostrado, en las líneas reservadas al *darse* de la *archi-écriture*, una particular (an)economía *entre* la presencia y ausencia del sentido. Así pues, podríamos agregar que no nos vemos demorados en el texto, sino más bien, (nos)encontramos (en) un contra-tiempo, o mejor, un tiempo que está *out of joint*. Este particular *contratiempo* al que referimos, es el responsable de los diversos “corto-circuitos” que ocurren en la estructura y “normalidad” que establece el fono-logo-centrismo.

A su vez, cabe agregar que Derrida con la estrategia de la deconstrucción, no intenta llegar a *las cosas en-sí*. Más bien, y desestabilizando los seguros binarismos, pretende afincarse en aquellos intersticios indecibles, no dialecticos, para y desde allí, acompañar la diseminación de sentido producida por la lengua. Estos no-lugares, más acá del ser o el no-ser, le permiten a este pensador permanecer atento no a la *presencia* de los fenómenos, sino, a su *retiro*.

Ahora bien, es oportuno destacar que la figura del sujeto, pensada desde la propuesta derrideana, se muestra de un modo muy distinto a la presentada por la modernidad.

Le de l'écriture n'existe pas si l'on entend par là quelque solitude souveraine de l'écrivain. Le sujet de l'écriture est un *système* de rapports entre les couches : du bloc magique du psychique, de la société, du monde. A l'intérieur de cette scène

la simplicité ponctuelle du sujet classique est introuvable. (Derrida, 1967b, p. 335)

Como sugiere Derrida, lejos de un sujeto soberano, propietario y autónomo, nos encontramos con una subjetividad atravesada por la escritura, el lenguaje etc. Estas circunstancias que mencionamos, no son accesorias, pues se encuentran desde siempre, horadando el pretendido estatus de la subjetividad clásica. Desde nuestra perspectiva, consideramos que con la deconstrucción Derrida no pretende hacer a un lado la tradición. Tampoco intenta prescindir del sujeto o bien declarar la muerte del autor. A nuestro juicio, el filósofo de la *différance*, intenta pensar al autor, al sujeto, desde condiciones *espectrales*. Ahora, bien podríamos asegurar que preguntarse por fantasmas o reaparecidos, no parece un trabajo serio. Mucho menos, algo propio del quehacer filosófico.

Más aún, ¿Cómo debería preguntarse por un espectro? Desde la ontología clásica preguntaríamos: ¿Qué es un fantasma? o ¿Cuál es la esencia de un fantasma? Pero, ocurre que un espectro no es un *algo* tan preciso. Tampoco sería acertado afirmar que es un *muerto* o asegurar que es un *vivo*. Como vemos, la figura del espectro desafía a la ontología tradicional al llevarla a la *aporía*.

A pesar de no preguntar correctamente, nos encontramos en posición de sostener dos características sobre el espectro. Por un lado, podemos afirmar que o podemos *situarlo* o delimitarlo. Ni el concepto, ni la tumba, el sello o el epitafio parecen poder determinarlo. Por otro lado, diremos que sin *Aufheben*, y en un tiempo disyunto como el de la *huella*, esta extraña singularidad solo *acaece*. Derrida (1998b) afirma que:

El espectro se convierte más bien en cierta dificultad de nombrar: ni alma, ni cuerpo, y una y otro [...] *Es* algo que, justamente, no se sabe, y no se sabe si precisamente *es*, si existe, si responde a algún nombre y corresponde a alguna esencia. No se *sabe*: no por ignorancia, sino porque ese no-objeto, ese presente no-presente, ese ser-ahí de un ausente o de un desaparecido no depende ya del saber (p. 20).

Así entonces, nuestro autor caracteriza el *acaecer* o el *darse* del espectro con el verbo *hanter*, palabra francesa que refiere a extraño *asedio* que sufren las casas embrujadas. Pensar el *asedio* del(os) espectro(s), de algún modo, es pensar el fenómeno espectral desde su propia ley. Sobre esto último, vale aclarar que Derrida no propone una ontología o una fenomenología como estrategias acceso al fenómeno del espectro; sino más bien, sugiere una *espectrología* (*Hauntologie*). Solo una *espectrología*, es decir, un pensamiento atento a la(s) *diferencia(s)* -a lo que ocurre *entre* los binarismos- puede palpar en las *aporías*.

Tal pensamiento sobre la espectralidad, una *fantología*, se demuestra de vital interés para nuestra empresa. Puesto que la noción de espectralidad, deconstruye toda *representación* logocéntrica sobre la subjetividad y el estatus del autor. Derrida (1967b), recuperando el aporte freudiano asegura que “Il faut

penser la vie comme trace avant de déterminer l'être comme présence. C'est la seule condition pour pouvoir dire que la vie est la mort [...]” (p. 302). Esta interpretación de la vida como muerte diferida, permite pensar de otro modo la subjetividad. Así entonces, desde la espectrología, podemos re-pensar una subjetividad frágil, que ocurre en su retiro y que oscila entre el ser y el no-ser. Por esto mismo, consideramos que, ni vivo, ni muerto, el sujeto, el autor, habrá sido desde siempre un espectro. De modo tal, que cada texto y toda escritura, siempre será, la escritura de un espectro y por tal, un testamento.

BIBLIOGRAFÍA

- Bennington, G. (1994). *Jacques Derrida*. Cátedra, Madrid.
- Derrida, J. (1967a). *De la grammatologie*. Les Éditions de Minuit, Paris.
- Derrida, J. (1967b). *L'écriture et la différence*. Les Éditions de Minuit, Paris.
- Derrida, J. (1998a). Firma, acontecimiento, contexto. En *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Derrida, J. (1998b). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Editorial Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (2007). *Aprender por fin a vivir*. Amorrortu, Buenos aires.
- Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (2009a). *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*. Amorrortu. LUGAR!!
- Derrida, J. (2014). *Posiciones*. Pre-textos, Valencia.
- Derrida, J. (2015). *Clamor*. La oficina ediciones, Madrid.